

## CAPÍTULO V

### PERPETUANDO LA MEMORIA DE LOS HÉROES

En 1927, Manuel Sánchez Silveira escala la Sierra Maestra, a fin de llegar por tierra hasta San Lorenzo. Su tributo al héroe de La Demajagua será para el 27 de febrero, fecha de su trágica muerte. Es un modesto y sencillo homenaje del que diría luego Castellanos: «Sánchez hizo una caravana con numerosos amigos, para la colocación de una placa, partiendo de Contramaestre y descendiendo por las estribaciones de la Sierra. Podría hacerse el viaje saliendo del Cobre, a caballo. Aunque también es practicable por mar hasta Aserradero o Río Seco o el Masío y de allí a caballo...»

»Quedé anonadado, desconcertado, ¿Para qué me habían servido tantos libros y mapas? Un hombre práctico con pocas palabras había hecho papillas a los planos y a mis autores fundamentales en lo tocante a San Lorenzo. Melancólicamente dudé de mis pobres conocimientos de historia y de geografía».

Sánchez Silveira le había aclarado el lugar exacto de San Lorenzo. No estaba en la cima más alta de la Sierra como es el Turquino y como erróneamente colocaban a San Lorenzo en historias y geografías de la época.

Así fue como en 1930, el 5 de junio, Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada, el hijo del procer de la Guerra de los Diez Años, escribe a Sánchez Silveira presentándole al historiador Gerardo Castellanos:

La Habana, 5 de junio de 1930.

Sr. Dr. Manuel Sánchez Silveira  
Media Luna,  
Oriente.

Mi querido amigo:

Tengo el gusto de presentarle al portador de esta carta que lo será el señor Gerardo Castellanos, a quien usted sin duda conoce ya por sus numerosos e importantes trabajos históricos.

Él se propone hacer una excursión a San Lorenzo y yo le he ofrecido esta carta, no sólo para que al pasar por Media Luna tuviera el gusto de conocerlo a usted, sino porque sabía que usted podría suministrarle los más prácticos informes sobre la mejor manera de efectuar el viaje.

Lo recomiendo, pues, a sus atenciones siempre amables y con recuerdos de Laura y míos para usted y toda la familia, quedo de usted con la simpatía de siempre, afectísimo y s.s.

(fdo.) Carlos Manuel de Céspedes.

Así fue como en 1930 apareció en La Habana la publicación del libro de Gerardo Castellanos titulado: *En busca de San Lorenzo*. En dicho libro revela que sin la ayuda del médico manzanillero no hubiera podido subir la Sierra para localizar el lugar exacto —histórica y geográficamente— de San Lorenzo y sobre datos acerca de la muerte de Céspedes. Castellanos apunta en este libro: «En cuanto a Sánchez, nadie me habló de sus recetas o curaciones. Destácase por su actividad viajera y conocimientos geográficos e históricos de la comarca. Andar por los campos más satisfecho y orondo que por su gabinete. Pude luego comprobar que tiene mejor tino para guiar por un trillo oculto de la serranía, que en localizar en su gabinete biblioteca-museo un maxilar de indio extraído del cementerio de Macaca que me tiene ofrecido».

Y el historiador acierta este retrato del médico y arqueólogo: «Es un hombre muy trigueño, completamente rasurado a estilo yanqui. Enjuto, de cara huesosa. Tiene parecido con el faraón Seti I. Pulcro en el vestir. Nervioso. De marcada seriedad. Afable, aunque no festivo.

Sobre investigaciones geográficas e históricas puede monologar horas sin darse cuenta del desconcierto que produce en sus oyentes. Es popular y querido en la comarca. Me fijé en que sus clientes y convecinos exclusivamente le hablan de huesos de indios, vasijas, fósiles, flechas, armas de insurrectos y de excursiones por la Sierra. Ni una sola vez oí que le trataran de enfermedad. Quizá será debido a que en esta región no hay enfermos».

En febrero de 1927, Sánchez Silveira localizó a Jesús Pérez, que había estado en San Lorenzo el día de la muerte de Céspedes y pudo hallar el lugar exacto de su caída.

Para honrar a Céspedes, Sánchez Silveira cinceló y fundió, con ayuua de otros amigos, un busto del patriota, el que fue colocado en un parque de Media Luna

Sobre esto le volvió a escribir el hijo dei procer:

La Habana, 11 de junio de 193U.

Dr. Manuel Sánchez Silveira,  
Media Luna,  
Oriente.

Mi querido amigo:

He recibido su carta de fecha 5 del corriente y la noticia que en, ella me da de haber quedado a la satisfacción de usted el busto de mi venerado padre, me ha sido sumamente grata. La descripción de usted me ha encantado ¿y dónde puede estar mejor colocado su busto y el de nuestro gran Martí que en el Parque Infantil de nuestra Media Luna?

¡Cuánto siento no poder asistir a su inauguración, pero espiritualmente estaré con ustedes!

Nuestra visita, por ahora no creo que se realice; será una conu-riedad, pues hubiéramos tenido un gran placer en volverlos a abrazar en unión de doña Irene, Gloria y los lindos niños de usted.

Laura me encarga saludos cariñosos para todos ustedes, que le ruego exprese en nombre mío también.

Le abraza fraternalmente,

(fod.) Carlos Manuel de Céspedes.

Especialmente quiero enviarle en nombre de Laura y mio, nuestros recuerdos al buen amigo Fernández

Gracias a ese entusiasmo tesonero y a su amor a Cuba, logra Sánchez Silveira que también en Pílon, en su parque central, el Apóstol Tosé Martí tenga quien lo recuerde y lo honre. Apela a la escultora Tilma Madera para que le haga un busto de Martí y el acto se efectúa con gran solemnidad.



**El Dr. Sánchez Silveira y la escultora «Tilma Madera, develan el busto de Martí en Pílon.**

Un día fue al lugar donde cayó Martí y escribió: «Martí —gloria y Maestro de las Américas —cuya bandera y credo fue el bagaje que usó la «cubanidad» para escalar el poder, cayó en «Dos Ríos» donde una pequeña pirámide, que manos piadosas levantarán, marcan el lugar, en

espera de un pueblo o su gobierno, que quiera levantar algo digno de la posteridad, al hombre que todos explotamos con su recuerdo. Allí estalló el corazón de Martí, allí abonó la tierra la sangre que alimentaron a aquel cerebro privilegiado que pensó sólo para Cuba y su libertad. Aquella alma grande se elevó al creador en esos campos de Dos Ríos, allí su postrer aliento y... no hay Avenida Blanca que nos conduzca a orar por su memoria. Ese que debía ser el lugar de recogimiento para pensar en las grandezas del Maestro y... nada. Allí en los inmensos potreros del «amigo “Remigito” Fernández, que piadosamente rodea con unos janes para que no sea derribado el pequeño monumento, irá quizás algún extranjero a reír irónico, pensando en la tinta que gastan los cubanos recordando a Martí.»

»Y Maceo, aquel fuego de Oriente, aquella gran hoguera que incendiara como con llama de fuego los corazones cubanos llevándolos invictos de Baraguá a Mantua y que por fin —pletórico de gloria— cayera tocando las puertas de La Habana. Cerca de Baraguá los mangos famosos cayó Martí —en tierras de Oriente— de allí partió el Titán, para pagar vida por vida y caer en la tierra de Martí. San Pedro y Cacahual. Cacahual, campiña incomparable de bellezas y hermosuras, espléndida para morar un guerrero en compañía de su ayudante».

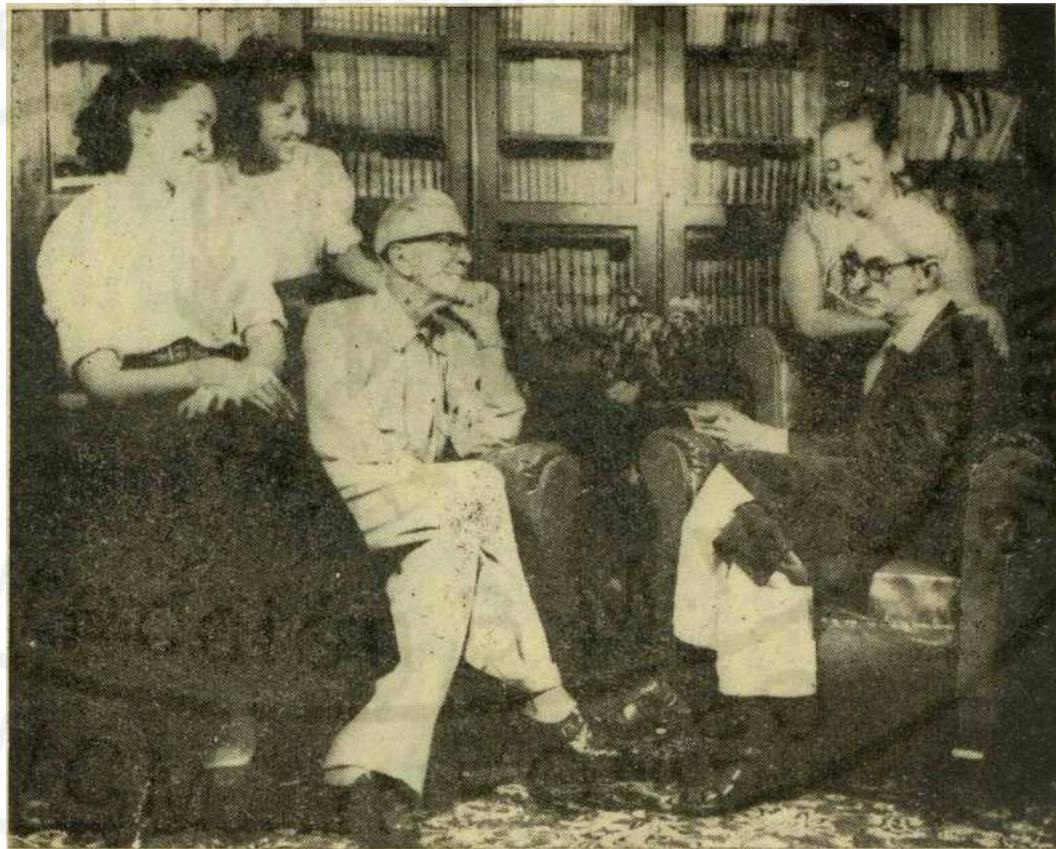
Estos son apuntes de Sánchez Silveira que iba recogiendo en los lugares históricos que visitaba. No tomaba los datos de los libros solamente, sino iba a la investigación profunda, siempre en busca de algún actor o testigo a que le cuenten «los actores testigos irrefutables: mañana habrán desaparecido y con ellos, la verdad histórica», señalaba.

Hacia de la amistad algo suyo. Así conoció en 1944 al pintor cubano Carlos Enríquez y al escritor Agustín Guerra en un viaje de éstos a Manzanillo para exponer unas obras del primero.

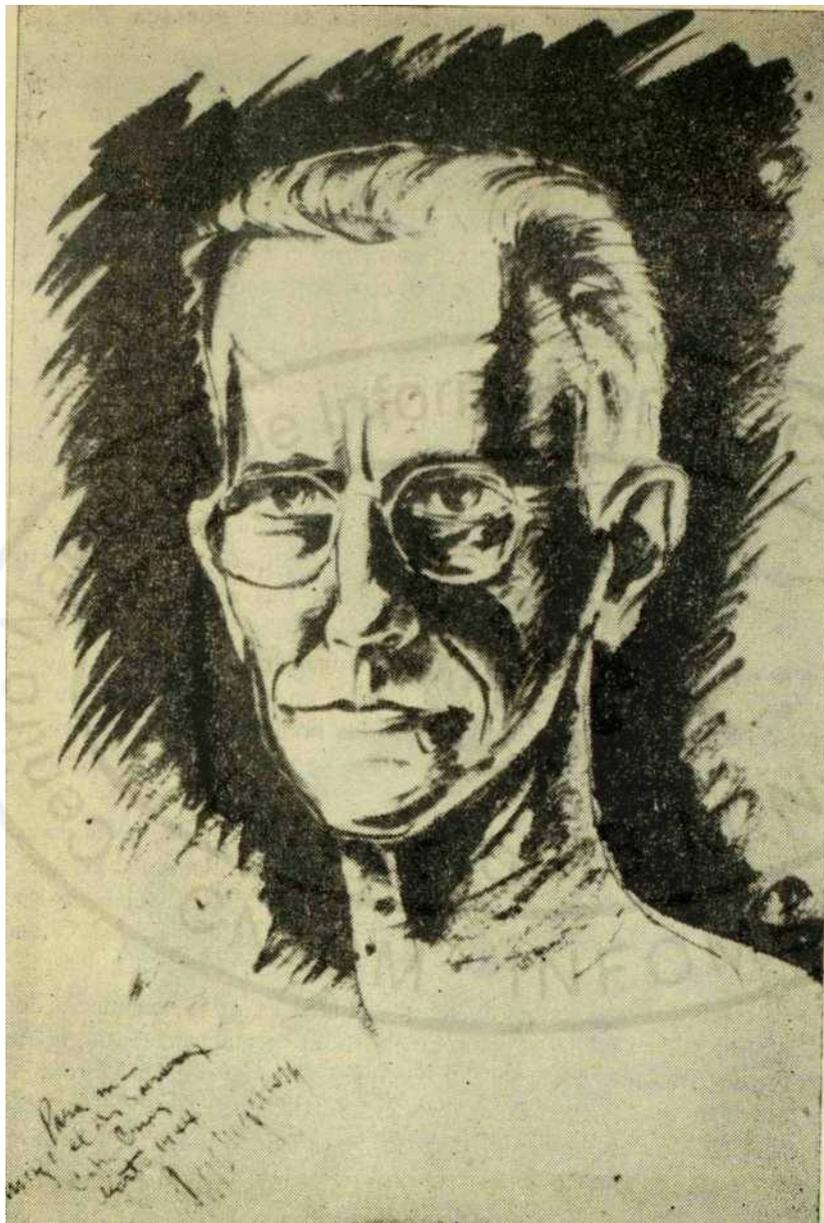
Desde Manzanillo, junto con el inolvidable luán Francisco Sariol, director de la revista «Orto», en la que solía colaborar Sánchez Silveira, iniciaron Enríquez y Guerra un viaje a Pilon para conocerlo. A partir de aquel día quedó sellada una inquebrantable amistad con Enríquez y con Guerra. El pintor hizo un magnífico retrato del médico.

Sánchez Silveira viajó fuera de Cuba en varias ocasiones. Primero fue a Estados Unidos. Luego con Guerra se marchó a México, donde tuvo la oportunidad de admirar y estudiar las ruinas azteca y maya.

Luego fue a Europa en 1948 con un grupo de médicos. Sus viajes eran de descanso y de estudio a la vez.



En su casa de Pílon el Dr. Manuel Sánchez Silveira, reunido con su hija Griselda Sánchez Manduley, su sobrina Miriam Manduley y Llópiz y sus íntimos amigos, el matrimonio Agustín Guerra y de la Piedra y Nona. Fíruererlo.



**Dr. Manuel Sánchez Silveira**  
(Dibujo por Carlos Enríquez hecho al médico rural en Agosto de 1944 en Cabo Cruz).

Sariol, protector de las actividades literarias e históricas de Manzanillo y de toda Cuba, caso único en que una publicación local recibe el aporte de los intelectuales cubanos de todas partes de la Isla y también de América, en su editorial «El Arte» publica en 1946 el discurso de Sánchez Silveira ante el club de Leones de Manzanillo, donde aboga por la construcción de un parque nacional en el lugar donde se hallaban las ruinas del viejo ingenio de La Demajagua, para perpetuar la memoria de Céspedes y de todos los cubanos que cayeron por la libertad y cuya realidad ha sido posible hoy al construir un monumento nacional la Revolución, inaugurado en el gran acto del Centenario de la Guerra de los Diez Años, el 10 de Octubre de 1968.

En 1951. Sariol volvió a imprimir otro trabajo de Sánchez Silveira bajo el epígrafe *Ensenada de Mora*. (Correo en Oriente de la Revolución del 95 J, primer capítulo del libro que no llegó a terminar y que se titularía *Jalones Históricos de Oriente*).

En cierta ocasión quiso recorrer toda la Isla y Agustín Guerra lo acompañó a Mantua, al lugar denominado Mangos de Roque, donde acampó Maceo, que había salido en la Invasión desde los Mangos de Baraguá. Sánchez Silveira se extrañó de que en el lugar no hubiese nada que identificase la llegada de Maceo y sus hombres y acudió al ayuntamiento y apeló a los concejales para que se colocase por lo menos un obelisco.

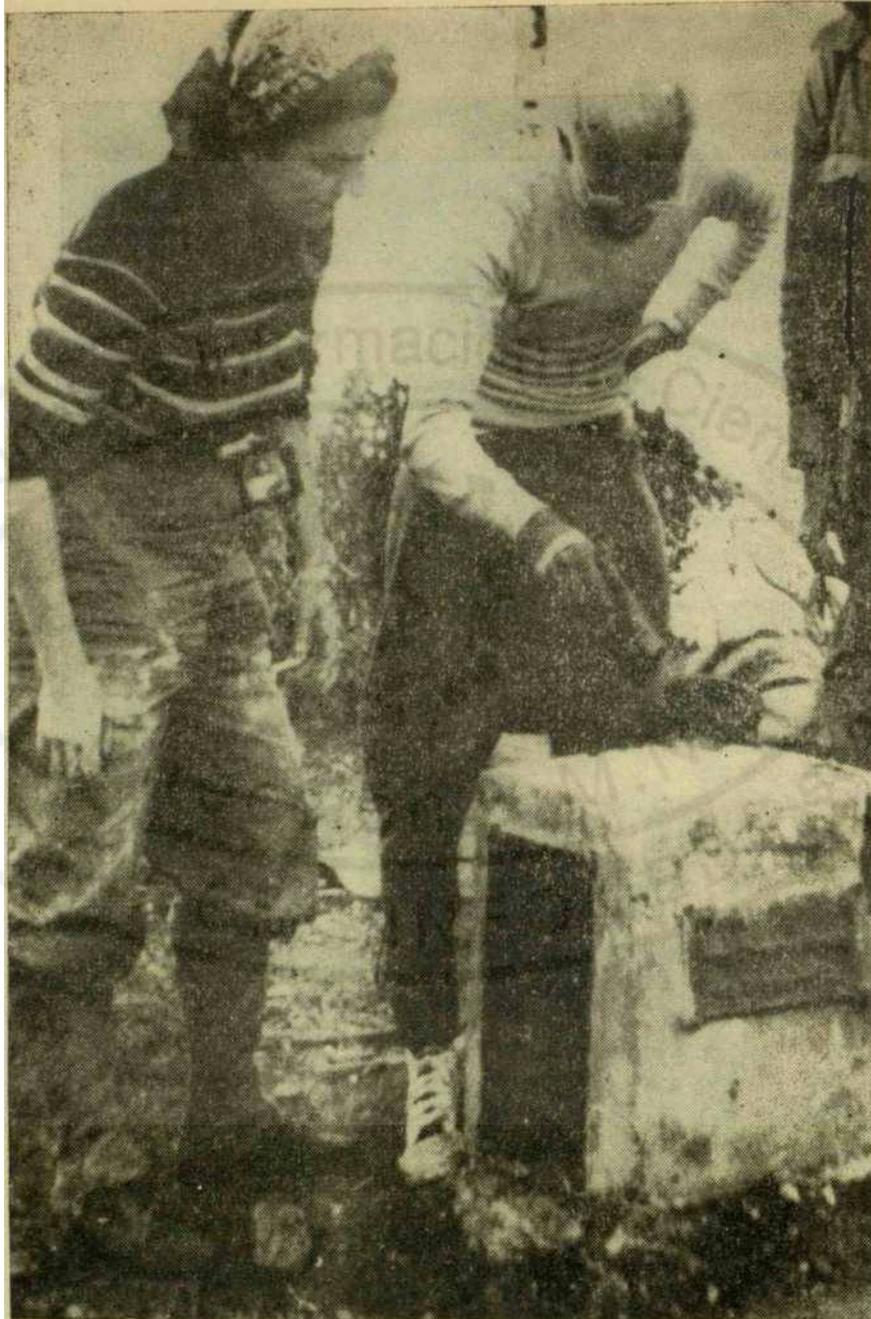
Guerra volvió al cabo del tiempo al lugar en compañía de la doctora Panchita Rivero y del historiador Leonardo Griñán Peralta y vio que el deseo de Manuel Sánchez Silveira se había cumplido: habían colocado en Mangos de Roque, una lápida recordando la llegada del General Antonio Maceo.

Al celebrarse el Centenario de José Martí en 1953, en medio de la crisis nacional, en contraposición de la iniciativa gubernamental, la Asociación de Antiguos Alumnos del Seminario Martiano de la Universidad de La Habana y cuyo fundador lo es el más documentado bibliógrafo de Martí, Gonzalo de Quesada y Miranda, se colocó en mayo de ese mismo año un busto de bronce del Apóstol, obra de la escultora Jilma Madera, en la cima más alta de Cuba: el pico Turquino.

La expedición que escaló el Turquino y develó el busto estuvo compuesta por miembros de la citada Asociación y el Instituto Cubano de Arqueología, presidida en aquel entonces por Roberto Pérez de Acevedo. En la labor de emplazamiento y el ascenso a la montaña, actuó de ma-



El Dr. Sánchez Silveira conversando con la escultora y un grupo de los obreros que laboraron en la colocación del busto de Martí en el Turquino.



Sánchez Silveira depositando en la urna el documento que acredita la colocación del busto de Martí en el Turquino. (Cortesía del Dr. Gonzalo de Quesada y Miranda).

nera decisiva el doctor Manuel Sánchez Silveira, con lo que se realizó así un viejo anhelo suyo: que se fijara en dicho lugar un busto del Maestro «de cara al sol».

Debido a la solidez del emplazamiento, la obra ha resistido sin deterioro alguno los embates del viento y los elementos. Y en la guerra de liberación sirvió de escenario a la lucha guerrillera y también de inspiración a un puñado de hombres que, apenas sin armas y sin recursos, gestaron la hazaña del fenómeno histórico de la Revolución Cubana.

